

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

Director: SAMUEL GLUSBERG

DIRECCION

ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

10 CTS.



ROBERTO J. PAYRÓ

El glorioso autor de "El Casamiento de Laucha"

B A B E L

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

INDICE DE OBRAS PUBLICADAS

BAJO LA DIRECCION DE SAMUEL GLUSBERG

SERIE A

* I	LEOPOLDO LUGONES:	LAS HORAS DORADAS	\$ 2.50
** II	ALBERTO GERCHUNOFF:	LA JOFAINA MARAVILLOSA	" 2.50
** III	ARTURO CAPDEVILA:	LA FIESTA DEL MUNDO	" 2.00
* IV	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	FUGACIDAD	" 2.00
**** V	LEOPOLDO LUGONES:	ESTUDIOS HELENICOS	" 5.00
** VI	BENITO LYNCH:	LAS MAL CALLADAS	" 2.00
* VII	GONZALEZ MARTINEZ:	EL ROMERO ALUCINADO	" 2.50
* VIII	HORACIO QUIROGA:	HISTORIA DE UN AMOR TURBIO	" 2.00
* IX	LUIS L. FRANCO:	LIBRO DEL GAY VIVIR	" 2.50
* X	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	LAS HERMANAS TUTELARES	" 2.50
** XI	LEOPOLDO LUGONES:	ODAS SECULARES	" 2.50
XII	R. SAENZ HAYES:	DE STENDHAL A GOURMONT	" 3.00
*** XIII	C. NALE ROXLO:	EL GRILO	" 2.00
** XIV	GUILLERMO ESTRELLA:	LOS EGOISTAS	" 2.50
XV	EVAR MENDEZ:	EL JARDIN SECRETO	" 2.00
* XVI	MANUEL LUGONES:	POEMAS MEDIOEVALES	" 2.00
XVII	MARLO BRAVO:	CUENTOS PARA LOS POBRES	" 2.00
XVIII	MARTIN GIL:	AGUAMANSA	" 2.00
XIX	HORACIO QUIROGA:	EL DESIERTO	" 2.50
** XX	LEOPOLDO LUGONES:	FILOSOFICULA	" 2.50
* XXI	SAMUEL GLUSBERG:	LA LEVITA GRIS	" 2.00
* XXII	E. MENDEZ CALZADA:	NUEVAS DEVOCIONES	" 2.00
XXIII	NICOLAS CORONADO:	DESDE LA PLATEA	" 2.50
XXIV	LEOPOLDO LUGONES:	CUENTOS FATALES	" 2.50
** XXV	LEOPOLDO LUGONES:	ROMANCERO	" 2.50
*** XXVI	HORACIO QUIROGA:	CUENTOS DE AMOR	" 2.50
XXVII	LUIS CANE:	DE LOCURA Y DE MUERTE	" 2.00
** XXVII	ALFONSINA STORNI:	MAL ESTUDIANTE	" 2.50
XXIX	GUZMAN SAAVEDRA:	OCRE	" 2.50
* XXX	JOSE PEDRONI:	LOS PROVINCIANOS	" 2.00
XXXI	B. SANIN CANO:	GRACIA PLENA	" 2.00
XXXII	REGA MOLINA:	LA CIVILIZACION MANUAL	" 2.50
XXXIII	LUIS L. FRANCO:	LA VISPERA DEL BUEN AMOR	" 2.00
* XXXIV	ALFREDO ORGAZ:	LOS HIJOS DEL LLASTAY	" 2.00
XXXV	ARTURO CAPDEVILA:	PENUMBERA	" 2.00
** XXXVI	LEOPOLDO LUGONES:	LOS PARAISOS PROMETIDOS	" 2.50
** XXXVII	HORACIO QUIROGA:	LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	" 2.50
XXXVIII	ROSA GARCIA COSTA:	LOS DESTERRADOS	" 2.00
** XXXIX	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	ES EN CI A	" 2.00
* XL	JOSE PEDRONI:	ESTIO SERRANO	" 2.00
XLI	HORACIO QUIROGA:	LA GOTA DE AGUA	" 2.00
XLII	ARTURO S. MOM:	ANACONDA	" 2.50
XLIII	LUIS CANE:	LA ESTRELLA POLAR	" 2.00
		TIEMPO DE VIVIR	" 2.00

SERIE B

* I	HENRIQUE HEINE:	LAS NOCHES FLORENTINAS	" 2.00
II	ALBERTO SAMAIN:	CUENTOS	" 2.00
III	FITZMAURICE KELLY:	MANUAL DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA	" 3.00

* Agotado ** Segunda Edición *** Tercera Edición **** Encuadernación en tela

Dirigir los pedidos a nombre del administrador; Sr. Don LEONARDO GLUSBERG, Entre RIOS 1585, Bs. As.

B A B E L

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

... Y si es que son de justa literatura, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia.

Cervantes (Don Quijote).

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

1887 - Número dedicado a don Roberto J. Payró - 1927

Reminiscencias

por

Roberto J. Payró

(De una disertación inédita sobre "Lomas cuarenta años atrás")

A esta mi altura de la vida, cuando viene ya el crepúsculo, parece que el espíritu del hombre debiera detenerse a contemplar en conjunto el panorama de los años que han quedado allá atrás, allá abajo perdidos para todo menos para el recuerdo. Pero en ese paisaje, forzosamente borroso, como el que en la tarde se abarca desde las altas cumbres, cuando ya los vapores sepultan campos y valles, sólo se descubren, sobresaliendo de la niebla sin forma, los picachos erizados que simbolizan tristezas y dolores.

Algún chispazo suele cruzar fugaz la masa cenicienta y hasta reflejar momentáneo fulgor en las agrias crestas,— exhalaciones luminosas de amor, de ventura, de gloria o de alegría. Pero ese relámpago, no, esas luciérnagas pasan y se extinguen bien pronto en la noche que avanza.

No. El hombre que piensa y que ama sólo se detiene en esta contemplación casi siempre desconsoladora, cuando, lejos de los suyos, en la soledad meditabunda hace su examen de conciencia cuando todavía lo impulsa en su fuero interno, la engañosa esperanza de descubrir, al fin, el por qué misterioso de la vida. El hombre que piensa y que ama, si está, como yo esta noche, rodeado de amigos — las hijas y los hijos de sus amigos de antaño, prefieren tomarles cordial, regocijadamente de la mano y conducirlos por senderos amenos a algún vallecito escondido tras de aquellas nieblas, donde haya sol y flores, músicas y alegría.

¡Corramos! Viene cayendo mi noche y no tengo tiempo que perder si he de desandar cuarenta años de mi vida para encontrarme de nuevo, milagrosamente, en las Lomas de mis quince, de mis diecisiete, cuando — ¡oh poder de la juventud! — hasta los veranos eran menos ardientes y los inviernos suave primavera.

He pasado hace pocos días frente a la casa que, allá por 1882 ocupábamos mi familia y yo en la calle General Rodríguez. Está poco más o menos como entonces, salvo la desaparición de las grandes higueras del patio, que tantos desayunos y meriendas sabrosas me ofrecieron. Eran viejos árboles paternos que me brindaban asiento en sus horquetas para poner sus frutos más al alcance de mi mano; y aunque ya no existan los he vuelto a ver, con sus

gruesas ramas nudosas y quebradizas, cubiertas de follaje tan espeso que la sombra era deliciosa en un vasto círculo capaz de cobijar a toda la familia. Así he vuelto a ver desde fuera mi inmenso cuarto de la esquina, con su puerta en la ochava — suprimida hoy — y su puerta lateral, pues su primer destino debió de ser el grave y provechoso de tienda o almacén y no el poco envidiable de aposento y estudio de un escritor en ciernes. Diz que casa con dos puertas mala es de guardar, pero el proverbio no rezaba con la mía, porque el mobiliario reduciase a una gran cama de bronce, una mesa de pino cuya pata coja remendé con una tabla de cajón de petróleo, dos viejas sillas y un enorme armario al que faltaba una de las dos puertas sobrantes de la habitación y que constituía mi "ciudad de los libros", como decía el gato de Silvestre Bonnard.

Fuera de las puertas de la calle había otra hacia el interior — lo que ni completaba ni consolaba al armario. — así es que yo no podía estarme mucho tiempo en mi cuarto. Probablemente hubiera pasado lo mismo a haber menos aberturas; pero déjese atribuir mi movilidad a la ocasión que tanta puerta me brindaba. Cuando la impaciencia instintiva y al parecer inútil — siendo como es necesaria, imprescindible función preparatoria para otros ejercicios que vendrán luego y que se considerarán no sé si con justicia más fructuosos — cuando esa impaciencia, digo, se calmaba o tomaba el rumbo al terno, las paredes encaladas y las negras vigas del techo y el piso enladrillado de mi habitación solían transformarse y embellecerme, colgadas las unas de magníficas tapicerías, con cuadros de los grandes maestros, sostenidas aquéllas por columnas de jaspe, tendi-

do éste de mullidas alfombras, por las que se deslizaban Ofelia y Desdémona, Hamlet y Otello, en ocasiones; d'Artagnan y Porthos, Ana Vernon y la Condesa de Charny con más frecuencia. Porque como a don Quijote solían pasármese las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, en ociosas y eclécticas lecturas, devorando sin mirar pelo ni marca cuanto libro me caía a mano, fuese de Hugo o de Fernández y González, de Balzac o de Pérez Escrich, de Paul de Kock o de Lamennais, de Julio Verne o de Pelletan, de Shakespeare o de Narciso Serra. ¡Qué maraña! Yo no sé cómo el espíritu logra, al fin, salir de estos matorrales literarios trazándose un sendero más o menos recto y luminoso entre tal espesura de selva virgen, donde, si hay árboles hermosos, hierbas perfumadas y flores maravillosas, abundan más los bejuco que traban la marcha y la vegetación ponzoñosa o alérgica. Será sin duda por un fenómeno análogo al que se observa en los lavaderos de oro donde torrentes de agua diluyen y arrastran el lodo y la arena, dejando en el fondo las pepitas y lentejuelas del pesado metal. Pero, fueran quienes fuesen, mis autores poseían todos la varita de virtud que transformaba en palacio mi tan mezquino cuanto anchuroso habitáculo de aprendiz escritor — en palacio o en bosque, o en campiña, o en mar, — porque no era tan escaso el decorado ni tan limitada la fantasía. Allí lloré con la María de Isaacs, dudé con Hamlet, filosofé con Segismundo, me indigné con Courfeyrac, sonreí con Zadic, con Cándido, con el doctor Pangloss... Y muchas veces, de estos viajes agitados y accidentados, descansaba con Sancho y don Quijote...

Noto cierta extrañeza, benévola por otra parte, en mi gentil auditorio. No es para menos: se anunció a una grave conferencia sobre Lomas cuarenta años atrás, y el conferencista aprovecha la ocasión para hablar de sus recuerdos íntimos de la adolescencia. ¡Cómo es eso! ¿No va a darnos un poco de estadística demostrativa de tanto progreso alcanzado, ni a trazarnos un cuadro somero aunque fiel de nuestra historia política y edilicia, ni a describirnos lo que fué en su tiempo y lo que es en nuestros días la apacible y florida Lomas de Zamora?

Eso debería, sin duda alguna; pero, lamentándolo mucho no puedo ni quiero hacerlo. Si lo hiciera sería muy capaz de maldecir del progreso y añorar el pasado, las lámparas de petróleo, las calles sin empedrar, el comercio pobre, la industria nula, la sociedad limitada, en la que todo el mundo se conocía, la existencia cuasi patriarcal de pueblo sin pretensiones que no era sitio de veraneo ni atracción de paseantes... Sí; no me sería muy difícil ensalzar lo que fué en detrimento de lo que es, ni siquiera afirmar con aire grave y convencido que las muchachas de mi tiem-



Roberto J. Payró a los veinte años

po eran, verbi gratia, mucho más bonitas e interesantes que las muy bonitas e interesantes que me escuchan. Y estoy seguro de que éstas no lo tomarían tan a mal, primero por tratarse probablemente de sus mamás, si no de sus abuelitas, y después porque, respectivamente, ni ellas ni yo podemos ser parte interesada... Pero, por ver — sólo por ver — a algunas de esas que hoy son dignísimas matronas, plácidamente embellecidas e iluminadas por la luz de las canas, he dejado más de una vez mis botas en la calle General Rodríguez... Era el paso obligado de las tropas de carretas que cargadas de frutos se encaminaban a la capital, en la noche oscura, al paso tardo de sus bueyes; y el agrio chirriar de los ejes, del pisoteo de las yuntas, el "¡josco! ¡güey!" del carretero adormilado, acompañaban muchas veces con sus disonancias algún retumbante verso de Hugo o algún desgarrador lamento de Musset... Y cuando llovía, la ancha calle quedaba convertida durante semanas enteras en cangrejal más traicionero que los que entre Bahía Blanca y Patagones se sorbían hombres y ganados como la tierra seca una gota de rocío... Se hacían puentes de tablas, la Municipalidad ensayaba algunos pasos de piedra, el vecindario echaba cascote en el pantano, pero ¡que si quieres! el barro se tragaba todo aquello en un abrir y cerrar de ojos, y las botas seguían quedando, como buques naufr-

gos, desamparadas en medio de la calle... En cambio, cuando volvía a brillar el sol, como si se reservase exclusivamente para Lomas de Zamora, el ancho y larguísimo tremedal se convertía en una reducción de la Cordillera de los Andes con todos sus accidentes y propiedades, sólo que, como seguía vibrando sin que nadie lo es-torbara, las montañitas de los baches se desmenuzaban al paso de jinetes y vehículos, y donde reinara el lodo y la tierra petrificada, se tendía un espeso colchón de polvo que la brisa ingería insidiosa por puertas y ventanas, brechas y rendijas en las habitaciones, — o que esparcía sarcástica en los jardines, sobre los pétalos de las rosas, parodiando a las muchachas coquetas, que también antaño usaban, discretamente, de polvos y velutinas.

Los muchachos hacíamos a menudo grandes paseos a caballo, a veces en cuadrilla. Muchas fuimos a bañarnos en el Arroyo del Rey, pero nunca lo hicimos realmente, no recuerdo bien si porque escaseaba el agua, o porque estaba del todo seco, o simplemente porque lo pasábamos de largo, sin descubrirlo... No quiero decir con esto — lejos de mí tal enormidad — que nuestro arroyo sea fantástico, y su existencia andaluzada de pueblo pretencioso que quiere "darse corte". Lo he visto muchas veces, juro que lo he visto por lo menos en el mapa en escala mayor de la provincia.

Montaba yo un caballo blanco que me regalara un amigo entrerriano, Mansilla, animal hermoso, grande y manso que me seguía como un perro... los muchachos decían que de hambre y completaban la criminal calumnia afirmando que lo alimentaba con versos... Lo prodigioso es que mi caballo — que llegó a ser parejero — se comió a sí mismo, así como sueña, señoras, se comió a sí mismo.

La explicación es clara. Tuve que marcharme a Córdoba, como colaborador literario de uno de sus mejores periódicos, y dejé en pensión a mi blanco, quien mejoró muchísimo con ello, a decir verdad... Y cuando volví — no al mismo Lomas sino a Temperley — resultó que debía por la pensión más de lo que mis escarcelas de poeta contenían. Pagué con el caballo, que así, se comió a sí mismo.

Solían agregarse — aunque rara vez — a nuestras cabalgatas, algunos de los profesores belgas de la Escuela Agronómica y Veterinaria de Santa Catalina — ya entonces espléndido parque, al que profetizo sin temor de equivocarme, la elevación a paseo público de Lomas de Zamora, pues ha nacido para ello. Entre estos profesores el más vinculado a nosotros era Desiderio Bernier, que hoy vive tranquilamente en Dinant, y cuyo hijo Alfredo, nacido en Lomas, está en París y es un pintor hecho y derecho, para quien quizá no tarde el triunfo definitivo.

Mi amigo Bernier, el viejo, llamaba la atención y nos hacía sonreír injustamente, a veces porque cabalgaba a la europea, estribando corto, vestido con breches, y polainas claras y largas de cuero con espolines. Montaba pues, a la alta escuela, un caballito de media sangre producto del haras Santa Catalina; pero, ¡qué iba a gustarnos aquello a nosotros, criollos admiradores del gaucho, que apenas si habíamos cambiado el antiguo apero por la silla inglesa!

¡Cuántas veces, durante la guerra, Bernier y yo hemos tratado de dis-



Roberto J. Payró, recién casado

traernos de la tragedia mundial, recordando las alegres andanzas de este tranquilo rincón!

Mucho más podría decirnos en esta charla caprichosa y libre, que sólo obedeció, como plan y norma, al antojo del recuerdo que acude como quiere y cuando quiere.

Pero, esto tiene que acabar. Los descontentos — espero que no lo serán todos — podrán, si son bondadosos, suplir con la imaginación cuanto falta en este mezquino convite intelectual: será su escote.

Sólo agregaré que en Lomas, en la paz de Lomas, comenzó mi ciclo literario, que quizá se cierre aquí, donde se abrió. Mis primeros ensayos — balbuceos todavía informes que han caído en el limbo del que se apresuraron demasiado en salir, urgidos por la vehemencia y la petulancia de la juventud — fuerza ridícula y sublime a la vez — fueron escritos en aquel aposento — almacén de la calle Rodríguez, que he vuelto a ver desde fuera con emoción. Aquí, haciendo una rápida descripción de la Escuela de Santa Catalina, gané mis primeros emolumentos de periodista que me hicieron mirar al mundo de alto a abajo, como si lo tuviese para siempre e intelectualmente en la mano.

¡Bendita ilusión que nos permite acometer empresas a veces muy superiores a nuestro empuje.

Roberto J. Payró

por

Alberto Gerchunoff

EN un país como el nuestro, en que la propensión a lo retórico viene de lo ancestral, no se disciernen fácilmente los méritos de un espíritu como el de Roberto Payró. Payró no ofrece al público hispanoamericano la atracción del atavío verbal, que determina con su lujo afectado o con los prodigios pueriles de su acrobacia una admiración más difundida hacia Montalvo que hacia Sarmiento, a pesar de que éste revela, en su obra escrita como en su acción, los rasgos del hombre de genio, y es, sin duda, uno de los escritores más extraordinarios de nuestro idioma en el siglo XIX. Esa afición por lo teatral o grandilocuo impide medir en su importancia decisiva las cualidades permanentes de los que van más allá del mareo de la palabra, nos dan en lo que hacen lo interno de las cosas y que convierten la creación literaria en el reflejo perdurable de caracteres prototípicos, que es, en realidad, el fin de la literatura imaginativa. Roberto Payró se ha abstraído a ese histrionismo que da la boga o la originalidad momentánea. Ha preferido consagrarse, desde su iniciación, a la labor seria, que se acumula con lentitud y que define en el examen de sus distintos valores el volumen poderoso de una personalidad.

¿Ha de creerse por eso que el novelista del *Casamiento de Laucha* y el cuentista de *Pago Chico* es de esos trabajadores intelectuales que se encierran en la soledad y se someten a la realización de su plan sin mezclarse a los conflictos del mundo? Payró no ha disfrutado de esa tranquilidad plácida que rodea al escritor en las ciudades de vieja civilización y que le permite servir a su ideal artístico sin desviaciones perturbadoras. Ha tenido el destino de todos los que aquí cultivan el pensamiento y que no conocen la orgullosa indiferencia por los asuntos que no se vinculan con su deseo o con su voluntad. Basta decir que es uno de nuestros periodistas más admirables y más completos para comprender lo múltiple de su actividad. Y cuando comenzó a escribir, el periodismo de Buenos Aires carecía aun de la amplitud que hoy lo individualiza. Participaba todavía de su aspecto antiguo. El diario, sin los grandes adelantos técnicos que estimula la vasta popularidad, era, más que nada, una tribuna de discusión política y de orientación doctrinaria, y los colaboradores o redactores eran, a su vez, políticos o dilettantes de la política, a quienes atraía en los calumnes del periódico el ruido de la polémica. Era una época en que el hombre argentino compendia en su actuación una multiplicidad enciclopédica. Payró se incorporó a la faena periodística sin tomarla como un recurso eventual, o como un paso hacia el comité o la elección, sino como un oficio definitivo, al que se sentía llevado por la generosidad de sus sentimientos como por el brío de la vocación. Pues, fué siempre un buen ciudadano, a quien preocupaban las cues-

tiones públicas del país, porque le preocupaban profundamente las cuestiones humanas. Esa ley espiritual, ese fondo de idealismo que se advierte en sus libros, en su teatro, en sus numerosos trabajos de publicista, regía a los más altos directores de la existencia nacional. Pertenece a la generación cuya alma se sedimentó con el eco de las luchas memorables que dieron origen a la definición de nuestra civilidad. No era una generación de escépticos y de pesimistas, que cruza los brazos ante el espectáculo del tumulto colectivo o se resguarda detrás de los muros de su torre para no disminuirse o para no alterar el ritmo de su vida pacífica. Payró, sin aspiraciones inferiores, sin los halagos compensadores que obtiene el que combate por un propósito práctico, hizo en los diarios chicos el aprendizaje minucioso de la profesión. Es esta una situación que no conoce el periodista europeo, reducido a su especialidad como un sabio a la suya, y que, sin duda, no comprendería la diversidad increíble que constituye la tarea del diarista argentino, obligado a entender de todo, a comentar todo, a desentrañar cotidianamente, en el artículo sobre economía, sobre legislación, sobre el desenvolvimiento material de la República, el significado de los sucesos más diversos. Y mientras Payró se formaba como comentarista, como cronista y como repórter, se ensayaba ya en los géneros literarios, que debían más tarde darnos un cultor tan acabado y tan rico en dones de inconfundible modalidad. Así anduvo a través de las redacciones, en la Capital y en el interior, hasta entrar, hace más de treinta años, — un tercio de siglo, — a *La Nación*, donde adquiría desarrollo y hallaba aliento el que escogía la carrera de las letras. Escribían en *La Nación* los que en ese tiempo dominaban el interés de la gente ilustrada. Los novelistas célebres, los pensadores de ánimo renovador, los críticos que formaban una promesa de verdad reveladora, en Europa y en América, encontraban en las páginas de *La Nación* su cátedra libre. Payró, que se había educado en la cultura ecléctica, absorbida en distintas lenguas, pudo, en un medio favorable a su idiosincrasia, completar su vigoroso desenvolvimiento.

Con ello está dicho que Payró conoció las agitaciones exteriores, ajenas en otras partes a la vida del escritor, y que entre nosotros sólo se goza por excepción. No obstante eso, su obra no se resiente de inestabilidad. Eliigió un camino y lo siguió con perseverancia, sin alterar sus condiciones esenciales y sin desnaturalizar su propio tempera-

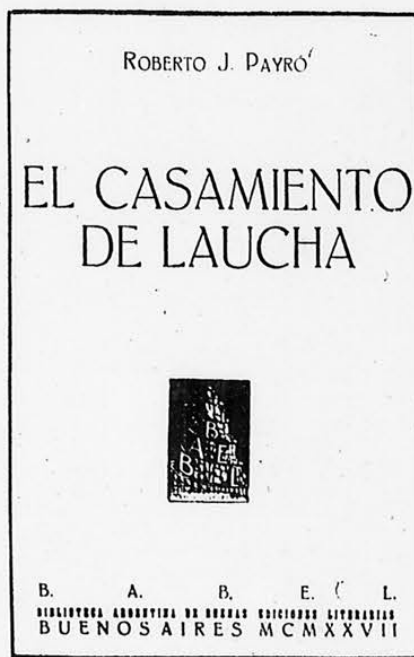
mento. La estructura de su mentalidad no acusa las vacilaciones contradictorias que tipifican al espíritu de débil complexión, moldeado continuamente por la variedad sucesiva de las modas, de las escuelas, de las teorías que se anuncian y que expresan, dentro del incesante movimiento de evolución, períodos de crisis, en que se precipitan para ahogarse los que no tienen fuerza en sí mismo. En el momento de su formación no existía en Buenos Aires lo que llamamos el ambiente literario. La literatura se entremezclaba con la política militante y con los entreactos de la sociedad. Existían algunos acentuados perfiles de escritores o de poetas, pero no ofrecían esa densidad y esa coherencia que casi se percibe en la uniformidad de una clase, como sucede en los días actuales. El gusto general reproducía las fallas de las influencias dominantes, agravadas por el culteranismo fácil, que se ahondó con el predominio de la oratoria en el verso y en la prosa de 1880 y que inclinaba hacia los modelos menos recomendables. Eran las influencias nacidas de ese pseudo-clasicismo que se venía arrastrando desde el siglo XVIII y que aquí maduraba en frutos secos de imitación. Un falso casticismo, floración de retórica yerba, se unía a la vacuidad íntima de la producción. Los poetas y los prosistas calcaban en los rancios moldes su cháchara vanidosamente académica, fieles a las estéticas reglas de Luzán, transmitidas por las cartillas preceptivas, y lo que se alejaba de este tono, por el albedrío espontáneo, por el sabor fuerte, por el vigor de la naturalidad, parecía un fenómeno extraño al arte, una especie de sublevación que confinaba en el sacrilegio.

* *

¿Cuál habría sido la obra de Payró en un medio menos hostil a la literatura que el nuestro, y entiendo por hostil el medio que no permite al escritor vivir de su producción y concentrarse con profundidad? Su obra no sería diferente en su carácter, pero sería tal vez más copiosa. Sin embargo, su bibliografía es vastísima. Si dentro del género periodístico suma volúmenes tan importantes como *La Australia Argentina*, *Crónicas* o *Las tierras del In-ti*, en que describe con riqueza de color el paisaje de los lugares distantes, estudia los problemas locales o anota reflexiones agudas sobre hechos y costumbres, su labor artística se aglomera en tomos numerosos y representa el esfuerzo de creación cuyo valor no está en condiciones de apreciar el literato que hace una vida reposada y metódica en los centros en que las actividad literaria significa el desahogo y la posibilidad del constante perfeccionamiento. Mas, esos libros y esos dramas de Payró se han construido en el descanso del periódico. Esto es, se han forjado en el tiempo sobrante entre una jornada y otra, en el jadeo terrible de la faena sin fin. Conocemos la vida

de los literatos europeos. Nada interrumpe su ritmo seguro y regular. Basta ver cómo viven. Viven como los privilegiados de la fortuna, en un ambiente refinado de arte y de suntuosidad, poseen residencias espléndidas, refugios amables para olvidar el tumulto de las ciudades ruidosas. Así pulen, en el grave silencio de su gabinete, las páginas y los capítulos que forman el libro anual, la pieza de teatro, el tomo de meditaciones. De este modo, el más mediocre de los productores halla como atenuar su medianía. Y si comparamos la agitada y entrecortada tarea del escritor argentino con esa voluptuosa virtuosidad del artista europeo, tenemos que reconocer la admirable solidez mental, el incomparable entusiasmo, la fe firme del que aquí encuentra ánimo todavía para sentarse en su mesa de trabajo, después de haber rendido, bajo el apremio implacable, lo mejor de su capacidad, en la hoja fugitiva. Y dentro de la confusión infinita de esa fagina, en que el periodista cultiva en el desorden los temas universales, Roberto Payró ha podido conservar la continuidad del método. Se ha impuesto una disciplina y paralelamente con la labor del periodista, ha desenvuelto su labor literaria. Su producción teatral se vincula con el nacimiento del teatro argentino. *Canción trágica, Sobre las ruinas, Marco Severi*, pertenecen al período de incubación de nuestro teatro. En esa época no estaba acostumbrado el público a presenciar en la escena la descripción de hábitos o de tipos del país y sólo veía, en alguna sala de suburbio o en algún apartado barrancón, petipiezas, zarzuelas o melodramas de primitiva factura. Con Florencio Sánchez y con Payró nació el robusto florecimiento del drama y de la comedia. Payró ha intentado desde el comienzo el teatro de ideas, fundado en problemas típicos, como *Sobre las ruinas*, o en problemas de más dilatada concepción humana, como en *Marco Severi*, en que se manifiesta ese hondo sentimiento de cordialidad, esa tibieza bondadosa que circula en toda la obra de Payró, con la vivacidad expansiva, con la fuerza dominante de una virtud de atracción. Entretanto, así como no abandonaba el periodismo, tampoco se apartaba del cuento y de la novela. Los cuentos de *Pago Chico*, que se publicaban en los diarios y en las revistas, habían revelado una veta maravillosa de la cual extraía el escritor la esencia de la vida provinciana. La conocía Payró. Como periodista, había recorrido el país y como periodista vivió, tierra adentro, en una de esas ciudades en que la existencia se reparte entre la intriga minúscula en torno de las autoridades lugareñas y las conversaciones del club. Los personajes y los sucesos de *Pago Chico* nos pintan a esa ciudad multiplicada e imprecisa cuya geografía se abarca desde la ventanilla del tren. Allí tejó Roberto Payró los relatos simples, cómicos y dolorosos a la vez, que ofrecen la unidad de una novela. Nos ha

mostrado las cavilaciones, las miserias morales, las vanidades grotescas, el subsuelo movido de esa ahogada comunidad que es, al fin y al cabo, la imagen borrosa y triste de las comunidades todas. *Pago Chico* es el precedente del *Casamiento de Laucha*. Mas, *El casamiento de Laucha*, que Agustín Alvarez consideraba como el mejor documento de la vida criolla y en su opinión debía colocarse al lado de *Martin Fierro*, es una narración sobre una base central, sin desviaciones episódicas, y que produce en nosotros la impresión de una obra maestra. Emilio Becher, al hacer en *La Nación* el juicio sobre esta novela, dijo que era el fruto perfecto de un talento maduro. Efectivamente, es una obra maestra. El protagonista no se borra de nuestra memoria. Emerge de la descripción, neta, breve, visible, como de los relieves de una talla, con la movilidad de los seres vivos. ¿Se habrá propuesto Payró restablecer, como se ha dicho, la novela picaresca, extinguida en España después de los dos o tres grandes monumentos que batieron y agotaron el género y cuyo vestigio disperso subsiste en los sainetes de D. Ramón de la Cruz, el jugoso y remoto sucesor de Lope de Rueda? No creo que Payró haya tenido el propósito deliberado de ajustarse a un procedimiento, de sujetarse a un plano técnicamente diseñado. No se conciben las obras de esa índole de acuerdo con un programa anticipado. El escritor verdadero, al ponerse a escribir no sabe que está escribiendo. Si sabe, si se administra con minuciosidad, si mide, tasa y regula los elementos que componen su obra, no es escritor, sino esa otra cosa, flor de cultura y de arte estudiado, que es el literato y que nunca nos dará la sensación total de la vida. El escritor posee el poder jehóvico de soplar el barro e infundirle el pulso caliente de lo vital. Payró, a quien los literatos reprocharán su desguarnecimiento ornamental, domina esa facultad milagrosa.



El barro se anima en sus manos, adquiere la dúctil elasticidad, la armoniosa coherencia de lo que vive y nos reproduce en nuestra vulgaridad, en nuestros defectos, en nuestras cualidades. En las aldeas campesinas se impregnó del olor de la tierra, llenó su pupila, exacta y ensoñada a la vez, con la certeza del panorama uniforme y gris, como los caminos castellanos por donde peregrinaron las filas de pícaros, y vió a la gente confiada, la buena gente, la gente dócil e inerte, y a los que hallan en la ingenuidad ajena su próspera mercancía. Vió a Laucha, ingenioso, inquieto, voluble, hablador, al cura que vende falsos certificados de matrimonio, y con eso hizo su novela, limpia, lisa, fuerte, rotunda, que nos retrotrae a la época en que el mendigo estupefacto andaba por el mundo con el lazarillo prodigioso. Leed *El casamiento de Laucha*. Volvedlo a leer. Veréis cómo es absolutamente imposible cambiarle una situación, substituir un término, reemplazar una expresión. En su simplicidad completa tiene la perfección cabal de una joya. ¿Reside su mérito en el ajuste circunspeto de sus componentes literarios? Desde luego, está hecho con ese arte de ensambladura sin la cual la obra imaginativa pierde su eficiencia y se anoda en lo caótico de cuyo abismo sólo la salva el genio. Hay algo más alto y más duradero en *El casamiento de Laucha* que la mera pericia del artista. Es la síntesis del pueblo chico y sofocante, y es una evocación de tipos, una poderosa evocación de vida, que por sobre la realidad documentaria, por sobre la exactitud detallada de los hechos, se transforma en un símbolo, mucho más verídico que la verdad conocida y mucho más expresivo en su conjunto de creación orgánica, que los múltiples individuos aislados que tienen en ese héroe de la malicia contraditiza y tornadiza su medida y su ley. Se percibe en ese libro, que quiero entre todos los libros de Payró, un rasgo más de semejanza con la novela picaresca. Es su ironía pesimista. Payró es de esos corazones generosos que no huyen de la veracidad desagradable o cruel. Presencia el espectáculo de las cosas irritantes, sin que el moralista y el filósofo turben la aptitud receptiva del novelista. Y su pícaro sale de sus escritos con el desnudo verismo de la naturalidad, de la frescura, de la gracia que lo engendraron. No es el suyo un pesimismo de escuela, un comentario deductivo, una áspera justificación de doctrina. Es una antítesis doliente de las ideas artificiales, que resulta de la observación, de la penetración de la simpatía humana y que centraliza en las figuras ostensibles, índices de psicología colectiva. Se diría que Payró, en la modelación de esos tipos, ha esquematisado la realidad para mostrarnos lo deleznable, lo feo de ella, con el objeto de que nos esforcemos en crear una apariencia más grata, un aspecto más dulce de la vida. Es un escritor de valores sociales. No nos cansemos de decir-

lo puesto que únicamente los que se sumergen en el limo de la sociedad, bucean su alma compleja, su crueldad brutal, su espesa injusticia, sacarán de sus oscuras entrañas los símiles que educarán y mejorarán, con la persecución de su deforme fisonomía moral, a los que vegetan en la amoralidad por la inercia. La sociedad no se divide en buenos y malos, como si se atuviera al catálogo de los confesores. La ausencia de bondad en las costumbres es una ausencia de sensibilidad, es decir, un fenómeno de incultura y de ininteligencia.

* *

En el homenaje que hicieron en Londres a Anatole France, en 1914, presidido por Thomas Barcklay, el autor de *Thais*, al contestarle, dijo que los pueblos cordiales aman la novela porque la novela es el fruto de las almas cordiales. No conozco un hombre más hondamente cordial que Roberto Payró. La bondad de su espíritu se transparente en lo que escribe con tan pristina dulcedumbre que el lector se le acerca con la confianza de un viejo amigo. Y esa bondad, esa cordialidad, nos lo demuestra, en su vida como en su obra, bajo su verdadera faz. Hay en su alma, que ama la justicia, que tiene una inagotable capacidad de la ilusión generosa, un dominio quijotil que lo renueva incesantemente y que, como a sus personajes mejores, lo lleva, invariablemente, a un altruismo que afronta los obstáculos y el sacrificio con una sonrisa temeridad. ¿No recordáis su acción durante la guerra y que nos sofocó aquí durante años en una angustia punzante? En ese negro lustro, Payró fué un combatiente de la causa de la civilización y de la libertad, en medio del campamento germánico establecido en Bélgica con un cerco de cañones y con un foso de sangre. La gente no comprendía esa audaz persistencia de juez que sometía al invasor a su implacable requisitoria, que tuvo por consecuencia el confinamiento y que pudo haberle llevado, como lo temíamos y no nos atrevíamos a suponerlo, a la catástrofe. Nos lo explicábamos nosotros porque lo conocíamos. Yo me lo explicaba porque su corazón me es familiar. Sí; conviví con su espíritu desde el comienzo de mi adolescencia. Me le acerqué cuando yo era niño y continué en su presencia, como entonces, en la misma admiración, en el mismo fervor de afecto. Sabe el público lo que es Payró como gran escritor, como escritor que en la literatura argentina representa un valor definitivo; sabe lo que es como publicista y como periodista. Nosotros, los que pertenecemos a su intimidad, que somos los testigos de su vida, sabemos algo más; sabemos lo que vale el hombre, lo que ha hecho como espíritu centralizador y formador de espíritus; sabemos el mérito de su obra que no está en las páginas escritas, que se ha dispersado en una creación no menos fecunda y que expresa la secreta influencia del maestro.

La Australia Argentina

por

Leopoldo Lugones

UN libro útil, siendo a la vez un libro ameno, y más aun, de buena literatura; he aquí lo que ha producido como resultado de una expedición a las costas patagónicas y Tierra del Fuego, el Sr. Payró, lo cual quiere decir que estamos en presencia de una obra, interesante por su solo título, antes de hojearla, y respetable, después de leída, por su indiscutible mérito.

No es el libro del Sr. Payró libro criollo, a lo menos en el concepto chabacano que está de moda por tercera o cuarta vez, después de fracasos tan radicales como merecidos.

No es el Sr. Payró de los que pretenden hacer obra nacional, agrupando neciamente los vocablos de nuestro caló y los idiotismos indígenas—nunca denominados más justamente—en groseros montones. El Sr. Payró profesa a lo que se vé, instintiva repugnancia por la gauchería. Alma de su país tiene adentro, más atemperada y corregida por una sólida cultura, cuya es la base de su espíritu artístico. Hace bien el señor Payró en ahorrar cuanto puede los diálogos. Es procedimiento de maestros que con él supieron librarse de la vulgaridad. En efecto, el diálogo, para ser natural, tiene que ser vulgar, cuando no son tipos de excepción quienes lo hacen, so pena de convertirse, como los de Hugo—y valga la grandeza del pecador por escarmiento—en monótonas tiradas dramáticas, o en ejercicios de ventriloquia sobre los personajes, arreglados de títeres para el caso. La circunstancia se agrava todavía en el escritor argentino que toma al gaucho como protagonista. El gaucho no sirve hablando, porque no sabe ni pensar ni hablar. El rasgo común en él es demasiado fuerte, como en los salvajes, sobre todo cuando se le observa por su faz moral. Las mismas ideas, las mismas expresiones, creencia y modalidad.

Tal conveníamos el otro día con un observador de méritos, el Sr. José S. Alvarez, autor también de un libro sobre las regiones australes. Nuestra conversación versaba sobre los caudillos, precisamente los hombres de excepción en nuestro medio rural, y ambos les encontramos una estrecha identidad, es decir una perfecta monotonía. Opinaba también así en otra conversación conmigo el Sr. Groussac, y me parece que no sería prudente desdeñar esta coincidencia de criterio, entre el más listo quizá de nuestros escritores de costumbres y la intelectualidad más sabia y elevada del Continente.

El Sr. Payró está, pues, en la buena manera. Sin enjaretarse en los greñescos académicos, forrándose de purismo como un puerco-espín literario, escapa a la ventolera cosmopolita que nos amenaza con una irrupción de dialectos babilonios. Es un acto de resistencia que vale por agresión meritória. Sin duda hay que dar campo al neologismo vigoroso, a la libertad de verbalización en que funda el inglés su agilidad, comunicando a nuestras desinencias verbales, por ejemplo, un poder vivificador que yo desearía ilimitado. Pero todo esto con arraigo lógico e intención científica, defendiendo mientras tanto la herencia del salto bárbaro con que procuran despilfarrarla conjuntamente, las torpes hablas de la inmigración y la germanía del suburbio bandolero.

El señor Payró se mueve a sus anchas dentro del idioma, como todos aquellos que lo saben. Hace cara al mal ejemplo, que entre nosotros, para mayor desgracia, viene con frecuencia de ciertas cúspides, tenidas por cumbrés en la estrechura del horizonte nacional. No necesita muletas de mal francés ni paliativos foráneos de literatura para señoritas bárbaras. Su estilo marcha derecho; no se da de cabezadas contra los francesismos, complementarios del viaje lustral a París, y los barbarismos del terruño en que mariscalea el chivato comprovinciano. Habla castellano el señor Payró, y lo habla bien, como que su libro es cosa de substancia.

Este podría dividirse en cuatro temas principales: el progreso de la región austral y su importancia como elemento de riqueza; la incuria gubernativa y las dificultades naturales, obstáculo de aquel progreso, con el remedio por epílogo; el folk-lore fueguino y patagónico; y la descripción del territorio recorrido.

Conviene dejar establecido ante todo que el viaje del Sr. Payró es más estudio de explorador que excursión de periodista. Así resulta de su narración, a pesar del título modesto. Hay en esas páginas paisaje para dos novelas y observación para muchas meditaciones. Lo que tiene el señor Payró de artista—y es mucho—no le impide admirar las higueras de Cartago. Cree con frecuencia el comerciante en la mala voluntad del hombre de letras, juzgando de éste por sí. A mi modo de ver hay confusión. Nadie tiene un desprecio más vertical que el mío por ese lucro insolente, que reduce la existencia al concepto frankliniano de vivir para ganar dinero. Y no obstante, al leer los pasajes del señor Payró, en que éste refiere cómo han existido y triunfado los audaces colonos de la Patagonia, los fuertes mineros de la Tierra del Fuego, me ha conmovido hasta el enternecimiento y he aplaudido esos esfuerzos que tomo por heroísmos, en su acepción respetable y severa.

DE LUIS EMILIO SOTO

Algunas páginas escritas especialmente para Babel

LA obra literaria de Payró es voluminosa, cuenta varios libros de calidad y sin embargo, actualmente, en la bolsa de valores justo es reconocer que está al margen. Muy de tarde en tarde nótase su presencia, una presencia tangente en una que otra semblanza retrospectiva de algún literato, cenáculo o grupo de hace veinte años atrás. Y no es que Payró pertenezca a un solo campo: sus actividades van del periodismo al cuento y la novela, pasando por el teatro, género al cual corresponden dos fuertes creaciones suyas. Entre todas, el periodismo se enseñoreó de él, tal vez sin quererlo y hoy, a través de los años alineados en formación de revista, vemos insertarse en los blancos — ocios hurtados a la labor diaria — sus mejores obras, libres del jaleo que crea la voracidad de las rotativas. *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira*, *Escenas de Pago Chico* y *El casamiento de Laucha*, serie insuperada sobre motivos de nuestra campaña, añaden a la nota costumbrista del interior del país, la modalidad de otros tiempos. La vida de nuestros pueblos soñolientos bosteza en esas admirables páginas con toda su vulgaridad y monotonía. La justicia en manos del comisario astuto; las relaciones sociales remedando las prácticas urbanas y sobre todo, el criollo en su variedad de aspectos pintorescos, brindaron a Payró el cañamazo útil para su agudo ingenio. Sobre él compuso esos cuadros de pincelada fácil donde campea un humorismo de ley, no a base de imaginación, sino mediante observaciones de ambiente en cuya propia justeza resalta la intención. Por lo demás, pocos como este autor saben narrar con tanta soltura y vivacidad, otorgando el relato singularmente en los del carácter antes aludido, una suerte de colorido malicioso y a la sordina, que recuerda en fuerza plástica, al discurso oral de nuestros paisanos. Payró supo ver en la vida remansada de los pueblos escamoteados a la pampa, el proceso de formación que impone el medio, las características y detalles que acusan el desarrollo de la estructura social y, en primer plano, supo ver al nativo en quien la bombacha no suplió del todo la holgura del chiripá. Ese tránsito hacia el progreso, ese impulso de civilización que la ciudad irradia en nuestro país conforme a variedades propias, cobra inusitado relieve en las "escenas de Pago Chico", cuya indeterminación local extiende aún más su simbolismo.

Tal carácter de la obra de Payró continuará siendo su mayor virtud. Es el cronista sagaz de un momento acaso superado, pero que en rigor se repite según la fuerza expansiva de la vida moderna va desplazándose hacia el interior. Bajo este aspecto, sus libros están llamados a perdurar y a imponerse con éxito tanto a la crítica presente como futura; aparte de su valor li-

terario cuyos méritos no requieren ya puntualizarse, documentan una época con trazo indeleble y vigoroso. Lo mismo puede decirse de *La Australia Argentina* que no por caer fuera de la literatura actual, deja de ser una obra valiosa y donde, anticipándose al novísimo movimiento nacionalista de interpretar temas nuestros. Payró incorpora la región patagónica en su doble faz de panorama y medio habitado, con usos y costumbres punto menos que exóticos. De este modo, la creación literaria cumple su más alta finalidad y tras un largo paréntesis sin cultivar este género narrativo, nuestro autor vuelve por sus fueros remontándose a nuestros más remotos orígenes, si puede llamarse así el vasto escenario de *El Capitán Vergara*. Información minuciosa y exacta, visión amplia del tiempo de la conquista, de sus hechos y palabras prósperas; robusta concepción conforme al espíritu de aquella epopeya, esa obra representa un esfuerzo poco común entre nosotros.

Las incursiones de Payró en el teatro cuajaron sobre todo en dos obras intensas. *Sobre las ruinas* y *Marcos Severi* marcan un grado de plenitud en nuestra literatura dramática y sirven, junto con cinco o seis más de igual talla, para medir la crisis que aflige actualmente a la escena. Siempre fiel a sí mismo, Payró agita allí problemas de orden nacional con todo el alcance humano que presta una interpretación amplia y profunda. Esas inquietudes que en él adquieren tan singular carácter, rubrican cual un común denominador toda su obra.

El premio nacional de literatura discernido esta vez por la Curia eclesiástica, "favoreció" a Payró en segundo término. La suerte es así... El jurado hípico, siempre bromista, quiso darle una sorpresa a Hugo West y le otorgó el primer premio... El Dr. Noé fué la única nota discordante votando por Payró. ¡Qué ocurrencia!... Dicen que al escupir de asco salpicó a una sotana próxima...

Maestro Payró: Vd. no supo, Vd. no quiso administrar su prestigio y ya ve el resultado. Pero no importa, esta mala pasada que le juega el espíritu beocio, esta señal de inequívoca desinteligencia entre Vd. y ellos, hace que sea más nuestro, más de la juventud que lo quiere, lo admira y lo respeta.

Luis Emilio Soto.

DE ALVARO YUNQUE

FUERA excesiva ingenuidad suponer que un jurado puede hacer total justicia. Hay muy pocos hombres capaces de ser justos. Los intereses — entre los que han de incluirse el de la

amistad — pesan más que la conciencia. Aquellos son cosa comestible. Esta es más sutil que el hidrógeno. Ya estamos acostumbradísimo a ver que los jurados literarios sólo pueden dar de la justicia la tercera parte, cuando la pueden dar. Ya ni protestamos. Queda de este lugar común para Horacio Rega Molina y otros "enfants terribles de *Crítica*". Estos bebés quieren estar mandando siempre; en cuanto les quitan el biberón chillan hasta... que se autobanquetean.

Pero ascendamos varios escalones:

El jurado que acaba de otorgar un primer premio a Martínez Zuviría con detrimento de Payró y un tercer premio a Carbia con perjuicio de Gerchunoff; colma toda tolerancia.

Debe señalarse bien a los culpables. Son: José Oria y Alejandro Korn.

Que el mediocra Saavedra Lamas o don Nadie Padilla, voten por Hugo West; es lógico. Son ignorantes. Carecen de responsabilidad. No así Alejandro Korn ni José Oria.

Hay dos modos de ser negativo, de cooperar con los enemigos de la justicia. Son: Hacer el mal o dejarlo hacer. Alejandro Korn, jurado que, ante la disyuntiva de premiar a Payró o a Zuviría, la elude, deja que otros premien a éste, y sale dando su voto a Fernández Moreno que no tenía ni probabilidad para quitarle el premio a Zuviría ni méritos suficientes para hombrarse con Payró; ha demostrado ser un hombre negativo de la segunda especie, la de los que dejan hacer el mal.

José Oria, más valiente, más simpático y más culpable; hizo el mal por sí mismo: Votó por sus intereses en contra de su conciencia. Su labor de crítico, nos capacita para presumir que él nunca puede suponer al "escribidor" de *El Desierto de Piedra*, por sobre un novelista de cuerpo entero como es el que compuso *El Capitán Vergara*. Hay más: Oria, defendiendo la novela que mereció su voto, ha pretendido defenderse, tal vez, justificarse. Esto nos recuerda que él escribió tiempo atrás un elogio de *El Poder de la Mentira*, la honda novela del noruego Juan Bojer. ¡Menguado destino el de Oria! Tiempo atrás, comprendió el triste caso psicológico del protagonista de esa novela, y ahora, le toca vivirlo, ser como el otro, un mentiroso que comienza por mentir a los demás para concluir por mentirse a sí mismo... ¡Este hombre se acabó!

Todos no han de ser reproches: Necesario es aplaudir a Julio Noé, jurado consciente, que no sólo votó el rer. Premio para Payró, sino que en el 3.º votó para Gerchunoff, un escritor, y no para el premiado Rómulo Carbia, mistificador literario de la peor especie: la del historiógrafo.

En estos fallos estúpidos, se ha hablado de la influencia clerical. Es po-

sible. El nuevo arzobispo de Buenos Aires, en el vergonzoso asunto que separó a Leuman de "La Nación", acaba de demostrarnos que es un hábil diplomático, un eficaz político, un aprovechado comerciante y Marín Zuviría como Carbia son portapalios; Payró y Gerchunoff, liberales.

Se ha observado también que, a raíz del fallo, no faltan quienes ponderan la novela premiada de Martínez Zuviría, aun cuando nieguen su chata producción anterior. Por ejemplo: Manuel Gálvez, hombre veleidoso si los hay, tratándose de ideas, pluma ágil para batir el record del camino Roma-Leningrado-Roma; así acaba de hacerlo. Va a ser preciso, pues, que algún espíritu independiente se tome el gran trabajo de leerse *El Desierto de Piedra*, y haga con él lo que ya hicimos algunos con el bluf de *Zogoibi*: demostrar que es de cartón pintado y no de piedra ese desierto.

Por último, en cuanto a Payró, yo creo esto:

1.º Que es una de las figuras próceres de las letras americanas.

2.º Que el periodismo, donde todo es venalidad y lo mejor es cobardía; él es sinceridad y pureza.

3.º Que como hombre sigue siendo más grande que como escritor. Esto quiere decir: Que en él hay aún posibilidad de superarse. ¡Y a los sesenta años! Si esto no es tener médula de gran hombre...

Alvaro Yunque

DE ROBERTO MARIANI

I. — Los escritores jóvenes que, además de la locura artística sentimos un insólito afán de justicia social, — y designo especialmente a cierto sector literario denominado alguna vez "extrema izquierda" — conservamos un respeto desinteresado por los escritores que las anteriores generaciones nos mostraron animados de idénticos propósitos. Nosotros quisiéramos conservar aquella tradición escasa, pobre, un poco grotesca en sus fracasos y en sus dolores, cuya iconografía resplandece con nombres como Rafael Barret, Florencio Sánchez, Roberto J. Payró. Los tiempos son otros, pero el Destino es siempre el mismo para los escritores que no se humillan a las potencias dispensadoras de gloria y dinero.

2. — Roberto J. Payró ha escrito *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. Ya es una alegría — ¡y qué inmensa! — y es un premio — ¡y qué grande! — escribir un libro que resista al tiempo, al roer y al limar del tiempo. Dentro de cincuenta años, o de cien, cuando libros de una sola anécdota exterior (es decir, de valor secundario

y relativo) como los de Gustavo Martínez Zuviría; desnuden su puerilidad y su angelical ingenuidad (es decir, sus zoncercas) todavía se leerán las obras adheridas a un momento argentino, todavía existirán personajes de auténtica fabricación artística, es decir, trascendental: Facundo, Martín Fierro, el nieto de Juan Moreira, Don Segundo Sombra...

3. — Payró entronca en la más pura tradición literaria española por el realismo y por su más españolísima variante: la picaresca. Además, *El casamiento de Laucha*, en su género, es todavía obra única en su género, porque no hay otra mejor, ni pareja, en el país.

4. — Uno no se avergüenza respetando y admirando a hombres y escritores como Roberto J. Payró.

Roberto Mariani.

DE ARMANDO CASCELLA

NO voy a hacer una exégesis de la obra de Payró. Otros la harán, con mayor entonación y más cordura. Por ahora quiero referirme a otra cosa.

Imposible callar la circunstancia de este número-homenaje, impropicio lugar común de nuestra cariñosa admiración por el viejo maestro, si no fuera a la vez protesta virtual y airada por el fallo reciente del Jurado Nacional de Literatura.

Inútil enojarse, desde luego. La distanciamiento de Payró del primer puesto y el encumbramiento de Carolino es un fenómeno natural, normal, para todo el que no se haga ilusiones con respecto a la calidad de nuestro ambiente. Es una de esas injusticias flagrantes que son, a la larga, germen de una mayor justicia por la violenta reacción que provocan en los espíritus rectos.

Solo es de lamentar la existencia de una víctima propiciatoria, blanco infalible para la puntería más inexperta y chambona: el desventurado Carolino.

No me sumaré al tiroteo. Confieso que siempre le tuve cierta secreta simpatía a ese hombre. Me agradaba su tranquila audacia, su desenfado, la organización de su propaganda, y, sobre todo, su capacidad para el trabajo, para la lucha. En un país de pereza, agrada el espectáculo de un hombre multiplicándose a sí mismo. Nunca pude comprender los acerbos reproches que se le hicieron cuando sus libros se vendían como turrónes. Desde luego, que sería mejor para todos que fuera un Dostoiévsky. Pero él no tiene la culpa de no serlo, ni de que sus libros se vendieran por millares. De lo primero, solo es culpable Dios (Gloria in Excel-

sis). De lo segundo, críticos, librerías, público.

Confieso también que por muchos días, mi reconocida simpatía por él me hizo incubir alegremente un hermoso pensamiento secreto. Creía yo que Carolino, desechando honores mundanos y riquezas inútiles (Vanidad de vanidades. ¡Todo es vanidad!) rechazaría modestamente el primer premio en favor de quien lo merecer y solicitaría para sí el segundo, con lo cual habría suavizado viejos rencores y ganado de golpe la voluntad de todos. Pero parece que el hombre, — de barro al fin, (Polvo eres y al polvo volverás!) había leído y aprendido muy bien aquello que dijo Judas: "Guárdate los dineros y calla". (Judas. Cap. X Vers. XX). Dios mío, ¿será esto realmente de Judas? ¡Cuánto tiempo hace que no leo la Biblia!

Se ve que el hombre lo habrá aprendido bien, y es una lástima, porque perdió una bonita ocasión de ganar la simpatía de todos. ¡Y es tan poderosa la fuerza de la simpatía! Los bienes que procura el dinero pasan, se esfuman un día u otro. La simpatía queda.

El ejemplo de la nueva generación argentina, tan turbulenta y por muchos aspectos tan irrespetuosa y corrosiva, puede ilustrarnos al respecto. En la guerra de guerrillas iniciada en estos años desde múltiples campos, no quedó gloria que ya se creía asegurada sin discutirse, ni viejo ídolo sin derrumbarse. Solo tres nombres quedaron de pie, brillando a distancia en la atmósfera enrarecida, purificada: Roberto Payró, Horacio Quiroga, Ricardo Güiraldes.

Justicia y nada más que justicia, naturalmente. Pero hay bastiones que se hubieran podido asaltar, fortalezas que una voluntad ignominiosa hubiera podido, a la larga, minar, de no estar defendidas por una simpatía general irresistible. Simpatía de buena ley nacida del afecto a la obra fuerte, bella, nacida de la admiración por la vida austera, noble, doblemente alumbrada por la dignidad del trabajo y la belleza del arte.

En el caso particular de Payró, del "viejo Payró" de "don Roberto" como cariñosamente le llamamos todos, esta admiración, este afecto, culmina en devoción. Devoción que está ligada a nuestros primeros recuerdos literarios, a nuestros primeros sueños. Cuando aún no distinguíamos bien lo bueno de lo malo, Payró ya nos conquistaba. La ejemplaridad de su vida nos deslumbraba mucho antes de gustar la total ejemplaridad de su obra.

Yo solo deseo que alguien escriba de una vez un libro contándonos la vida de don Roberto. Libro que será para muchos una conmovida sorpresa. Libro que yo leeré con una tristeza irremediable. La tristeza de que no se haya escrito muchos años antes, para haberlo leído así en la adolescencia, como un ejemplar de virtud, como una guía, como un maestro.

Armando Cascella.

DE VICTORIA GUCOVSKY
 EL pensamiento creador de Payró, forma, moldea, construye su carácter en ricas sonoridades emotivas, afinadas en el invariable diapason de una pura y firme ética. Ética que hace, que su obra tan múltiple, tenga fuerza de unidad que impresiona y se impone.

Lo impersonal o anónimo de su valiosa pluma de periodista, no se desdice de su obra firmada y siendo el mismo en toda ella, no duda del progreso ni de los hombres que lo propulsan, por la sencilla razón de que no duda de sí mismo.

En su obra dramática la idea directriz sostiene la trama y por el sentimiento que las anima, hace que obras como "El triunfo de los otros" o "Marcos Severi" dejen de ser el "caso" aislado para confundirse con la masa; así como los personajes de "Pago Chico" o "Casamiento de Laucha" son reconocidos como hermanos por todos sus semejantes de tierra adentro...

Fino psicólogo, aborda el amor con el subrayado noble de la ternura, que es su mejor fibra, y que domina lo mismo en la humilde pareja campesina de "Sobre las ruinas", como en "Fuego en el rastrojo", donde sin muecas de tragedia, sin gritos destemplados, el drama íntimo asoma contenido por el dolor profundo.

Irónico y disecador veraz, en "Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira" expone el proceso creativo de las mañas y ribetes tragi-cómicos del politiquero criollo, denunciando su filiación de origen...

Evocador del pasado, aborda con vigor la novela histórica, género literario de los más difíciles, pues de su pluma ha de surgir la vida, y el paisaje, y el ambiente con tal nitidez que al lograrlo el lector se siente transportado a aquellas épocas al punto de encontrarse frente a ellas. La minuciosa y seria documentación que les sirve de base, da a estos libros el nuevo valor de inmejorables auxiliares para la enseñanza de la historia americana, aportando su lozanía, como textos de lectura, en una materia que se debate en el tedioso y seco pajonal de innumerables fechas, nombres y batallas.

Admiramos en Payró, la riqueza castiza de su lenguaje, que, flexible ya se adapta al hablar nativo — para nuestro solaz — ya es fiel traducción de extranjeras obras de mérito, que Payró con tanto altruismo ha vertido a nuestro idioma. Recuerdo aquí la traducción de obras de Zola, la versión de la última coincidió con la muerte del gran escritor. En su rememoración, Payró pronunció una conferencia, en la que supo, como orfebre del verbo, aplicar la justeza de las palabras a un estudio sentido y profundo, glosando la obra inmensa de Zola con ese amor que solo puede sentir por su obra aquel que comprende que el arte por el arte es fórmula arcaica y hueca para quien recoge y siembra en el inagotable campo de la simpática solidaridad humana.

Un hombre de sentimiento como lo es Payró, forjador de belleza, se siente solidario con el mundo de los hombres y sabe, que para desarrollar la vibración más fina de la cual nace el arte duradero, debe buscar resonancias en los grandes sentimientos correspondientes que conmueven a toda la humanidad. Más se incline el artista sobre el alma de sus hermanos y ría de sus dichas, y sufra de sus penas y abraza sus ensueños y esperanzas, más rica y múltiple y vasta será su obra y también más comprendida.

Victoria Gucovsky.

DE HORACIO QUIROGA

EN Roberto J. Payró el hombre y el escritor son una sola y misma cosa. Su honradez a toda prueba y su temple de varón traspasan fielmente a su prosa. Existe un cómoda tendencia a desligar el hombre del escritor, olvidando que los caracteres de éste están determinados y limitados por el de aquél, porque quien escribe es el hombre. Inútil buscar caracteres firmes en un escritor de alma blanducha, y honestidad en la pluma de un hombre que se vende. El respeto y la admiración profesados a Payró provienen precisamente de que el hombre y el escritor que hay en él no se han vendido nunca a idea, sentimiento o imposición alguna.

Horacio Quiroga.

DE ROBERTO F. GIUSTI

EL observador y filósofo de nuestras costumbres estaba formado. El artista, que ya había asomado la cabeza en el itinerario de "La Australia Argentina", brindándonos vigorosas pinturas de ambiente, y que se mostró de cuerpo entero en "Las tierras de Inti", estaba en condiciones de hacer mucho más que relatos informativos, por sabrosos que fuesen. La novela, que ya lo había tentado en más de una ocasión (como lo declara "Antígona" y sus primeros libros de cuentos, con los que hoy es casi imposible dar lo reclamaba para sí.

"Conocía el escenario y los hombres; por donde quiera que sus pasos de curioso viajero lo llevaron, siempre había visto lo mismo en materia de hábitos políticos: "un núcleo de gente descontenta, mal gobernada y bien esquilada, y un puñado de gente ávida y rapaz que gobierna y esquilma". Su temperamento de costumbrista no podía desperdiciar ese filón de vida argentina. Nacieron así las páginas de "Pago Chico", en las cuales, a pesar de su aparente superficialidad, asistimos, como el mismo Payró no lo advierte en serio y risueño "nada menos que a las primeras palpitaciones de una democracia en gestación y a los primeros desperezamientos de una gran ciudad en la cuna". Páginas amarguísimas éstas en que se describe burlo-

namente el villorrio de nuestra provincia aupándose a ciudad, el "pueblo gris" pampeano de una época de transición— creámoslo así por lo menos — en la cual no domina en los hombres otro propósito que el de medrar; pueblo sin ideales y sin justicia, dominado por la doble carcama de una politiquería intrigante y venal y la especulación frenética. Los actores valen lo que el mezquino escenario; son figuras subalternas de caudillejos lugareños, sin conciencia y sin otra inteligencia que la necesaria para defenderse los unos de los otros con puñaladas y "agachadas" de pícaros. Rompen con la triste monotonía de esta novela de política ruin, de enredos y rapiñas, el dramático cuadro del incendio en la Pampa o algunas notas pintorescas; para citar solo dos, el capítulo en que el españolito Ruiz caza por patos gallaretas, o aquel otro, tibiamente sensual, en el cual vemos asomar un débil rayo de poesía en Pago Chico, gracias a la musa agreste de Pancho, el aprendiz de payador.

"Del mismo tronco ha brotado la fuerte rama de "El casamiento de Laucha". Novela picaresca la han dicho, calificándola con exactitud, porque lo es y de las buenas. No se leen con mayor placer las aventuras de Lázaro ni las de Rincón y Cortado que las de Laucha. Yo creo que aquí Payró abandonó la intención moralizadora y pintó por pintar, enamorado de su tipo como artista, del mismo modo que se enamoró Cervantes de los dos pequeños tahures de la venta del Molinillo. Y si "El casamiento de Laucha" es la sátira de nuestra embrionaria civilización rural, como lo fué "El Lazarillo de Tormes" de la decadente sociedad española del siglo XVI, es tanto más eficaz cuanto más desapasionada, pues en ninguna parte se halla rastro del autor. Escrita nuestra novela al correr de la pluma y en forma autobiográfica, se me hace que los críticos del futuro, si por un hipotético azar se olvidara el nombre de su autor, discutirían largamente, como a propósito del "Lazarillo" discurren los de hoy, sobre si fué un ingenio lego el que la escribió, o un literato hecho y derecho. Porque, con más perfecta naturalidad, con más jovial desenfado, no es posible contar la vida aventurera de un pillo. Laucha se nos presenta al vivo, pensando a su modo, hablando en su jerga, luciendo sus ademanes, sus gestos, sus metáforas, sus tretas, ostentando a través de la obra entera su audacia, su astucia y su desvergüenza. Yo diría de esta novela lo que Menéndez Pelayo de "Rinconete y Cortadillo". "Corre por sus páginas una intensa alegría, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y sin mengua de la moral, lo convierte en espectáculo divertido y chistoso".

Roberto F. Giusti.

DE PEDRO JUAN VIGNALE

UNA mañana de verano volvía mi padre a casa con un paquete de libros. Hace de esto muchos años — catorce o quince — y era lejano el pueblo donde vivíamos... Tenía por costumbre mi padre asegurarse lectura para todo el invierno, siempre que los negocios le llevaran a la ciudad, de la misma manera que no olvidaba la provisión de la despensa. Viejo lector, como buen marino, aseguraba no poder conciliar el sueño si no leía algunas páginas antes de acostarse. Esto podría dar pie a una ironía sangrienta sobre sus autores preferidos, sino agregase que, como buen marino también, ese algunas carecía de límite para él, prolongándose a veces hasta todo el volumen, vale decir, hasta las altas horas de la noche — o las horas chicas, como acostumbraba llamárselas. La lectura la hacía en voz alta mi madre, de donde salíamos gananciosos todos, sin quererlo apenas. Esa costumbre en aquellos tiempos era un recurso para no concurrir a la escuela, a la mañana siguiente, bajo el pretexto de no haber podido parar atención en mis lecciones, divertido por la novela... Aquella mañana trajo mi padre el acostumbrado paquete de libros, que no abríamos hasta muy entrado el mes de abril, cuando ya el frío nos obligaba a recluirnos y se hacía necesaria la estufa. No recuerdo con precisión qué libros encerraba, pero podría afirmar concienzudamente la ausencia de Luis de Val, Carolina Invernizzi y Martini Zuviría. En cambio no pudo haber faltado Hugo, Paul de Kok, Reid, About — ¡El hombre de la oreja rota! — Scribe, Maquet — ¡La Rosa Blanca! — Hermant, Dumas, acaso Dostoievsky, y con seguridad Julio Verne, quien con Salgari y Daniel de Foe, me acaparan en triple cariño.

Aquella vez, sin embargo, otro libro entre todos, un libro minúsculo, ilustrado arbitrariamente, en tapas, vino a plantarse en nuestra atención, ocupando un gran lugar: era *El Casamiento de Laucha*, de Payró. Le leyó una noche mi madre, de una sentada. A ratos me acercaba al volumen para ver las figuritas, cuando estas aparecían en la palidez de las páginas como un garabato... Dos días después yo mismo le empaquetaba y le llevaba al correo, cosa de que me arrepentí muy mucho, pues a trueque, un primo mío me envió "Viaje de un muchacho, etc." de Smiles — una estupidez puritana. No podría fijar ahora las impresiones que *Laucha* me produjo, con detalle,

DE CESAR TIEMPO

EN mi infancia sin trompos enluté travesuras y preferí a la feria del júbilo estentóreo las manos compañeras de la calle y del libro.

Esas manos me dieron su ración de milagro, y precoz argonauta sometí lejanías, mi vellocino de oro lo hallé en páginas nobles y al nieto de Moreira custodiando mi dicha.

microscópicamente, pues de aquella época sólo guardo memoria de lo que fuera acción. Baste advertir que no he vuelto a leer esa obra, en quince años, y que a pesar de ello conservo imágenes frescas de Laucha jineteante, del almacén de campaña, del cura trampo y de un pedacito de pampa, grande como un baldío de ciudad, con unos árboles frondosos y un mediodía desolador. Tengo hasta la noción de temperatura...

Hace años, revisando la biblioteca de casa, he vuelto a encontrar aquella primitiva edición de Laucha, ya completamente reducida a unos pocos cuadernillos, y recuerdo que me sugirió muchas cosas, desde luego trascendentes... Leía por entonces, con interés de paleógrafo, los clásicos españoles. ¿Y quién, leyendo las novelas picarescas, puede dejar de encontrarse a Laucha en un cruce de caminos a la puerta pringosa de un figón? He señalado en un ejemplar de la colección de los "Sucesores de Hernando" este encuentro. No puedo precisar en qué punto, pues tampoco dispongo de las ediciones clásicas, — más por vigilante avaricia de los cancerberos de la calle México que por mi voluntad, — pero tengo presente el hecho, y les tengo presentes a los tipos, en amistosa y pintoresca pandilla. Laucha es perfectamente clásico, tan clásico que se escapa del volumen, desencuadrándolo. Otra cosa pasa, por ejemplo, con Zogolbi, bien metidito en sus páginas como un caracol muerto en su concha, para tranquilidad de los Peuser y de los burgueses... Muchas veces abro un ejemplar del Busecón, sólidamente empastado, que poseo, para cerciorarme de si aún se lo puede leer. Cuando un amigo mío que por primera vez pasea un Quijote o visita a Hamlet, me observa que no les halla sobrado interés, me doy en pensar si no se habrán ya reintegrado definitivamente a la vida, de donde salieran, dejando apenas unos rastros en las ediciones escritas y a las que fueran condenados como a otra tortura común. Y esto de reintegrarse a la vida, como a la vida celeste el espíritu de los difuntos, es propiedad exclusiva de la novela clásica, de tipos, objetiva, por frente a la romántica — que es pura disgregación de subconciente.

Laucha, como Martín Fierro, son creaciones puras, y lo que es pura creación no desaparece jamás. Se va lo que es mudable, la impresión superficial, lo pasajero de las cosas; huye lo huidizo, que es la representación del

mundo, lo ilusorio, el sofisma. Dos palabras: creación y representación, bastan a encerrar lo clásico y lo romántico. Las creaciones puras pasan a ser legendarias, no se pierden. Hay literaturas que no crearon sino tipos, como la española, y otras que no hicieron más que comentarlos, como la italiana. Nuestro destino es clásico. Ya tenemos a Martín Fierro, a Facundo, a Don Segundo Sombra — en quien nadie supo ver hasta ahora la reencarnación de Ulises — y a Laucha, el pícaro. Es de él, quizás, de quien queremos acordarnos siempre que en presencia de un aprovechado aventurero, decimos, torturándonos la barba: ¡Payró si yo a éste lo conozco!

Pedro-Juan VIGNALE.

DE GUILLERMO ESTRELLA

GUSTOSO, me adhiero al homenaje que BABEL tributa a Roberto J. Payró.

Payró está por encima de mi elogio. Sin embargo, y por más que mi voto no influya en su gloria de luchador, todo homenaje a Payró me encontrará de su parte.

Quizá haya quien considere esto, como una retribución de atenciones ya que Payró prologó hace poco un libro mío, pero junto tal supusiera, desconoce absolutamente la antigüedad de mi amistad con él. Ella, data de fecha muy anterior a la de su prólogo; más, se remonta a fecha en que ni siquiera el mismo Payró sospechara que yo existiera. Nació este afecto por el escritor de fibra al conocer su obra de gran creador y al advertir la férrea amistad que le guardaban, estando él en Bélgica, Emilio Becher y Pedro Angelici. ¡Y aquellos hombres solo sabían querer a los iguales a ellos, por la inteligencia o el corazón! Luego, el apretón de manos que cambié con Payró a su retorno de Bélgica, no fué más que un acto que protocolizaba una vieja amistad. Por lo que a mí se refiere y por lo que se refiere a mis amigos, — conozco la opinión de todos ellos, — bienvenida esta exaltación del valor literario de Payró en momentos en que el ambiente literario está pidiendo un leader de verdad, un hombre que por su obra y por su vida pueda hablar cara a cara con la brava juventud de ahora y decirles: "Yo he sido lo que ustedes quieren ser, mi vida es vuestro sueño, realizado".

Y que cuando diga esto, no haya Dios que ponga un pero..., a menos que se posea una inviolable inclinación al ridículo.

Guillermo Estrella.

Así fué que una tarde dispersé mi aislamiento; tuvo un nudo insolente mi chillona corbata y acudí por senderos de fervor a una fiesta sin estruendos: al claro *casamiento de Laucha*.

ENVIO

Don Roberto, su mano desenlutó mi infancia; pago chico es mi pobre corazón veinteañero junto al suyo; permita que levanten mi deuda de gratitud las tristes chirolas de éstos versos.

César Tiempo.

DE LA REVISTA "NOSOTROS"

Buenos Aires, Agosto 5 de 1927. — Señor Samuel Glusberg. — Director de BABEL:

Estimado compañero: Hemos aplaudido en las páginas de "Nosotros" otros homenajes que BABEL con muy justo discernimiento de valores literarios ha dedicado a ilustres escritores argentinos; ¿cómo no hemos de adherir con entusiasmo al proyectado homenaje a Payró? Pensando en una novela que Payró comenzó a escribir treinta años atrás con el título de "Nosotros", "Nosotros" resolvimos llamar esta revista al fundarla, y la firma de Payró autorizó los primeros números publicados. En esta casa se le quiere y se le admira — y se enorgullece uno de nosotros dos, de haber escrito sobre la obra literaria de Payró, uno de los trabajos críticos en que más justicia se ha hecho al Maestro en nuestro país. Precisamente en el número que está en prensa, el 218, colabora Payró con un hermoso estudio de carácter histórico, y en el mismo número se juzga, como correspondía, la conducta del Jurado que le ha negado el único premio nacional de literatura que le era debido: el primero.

No es necesario que firmen esta carta los mejores amigos de "Nosotros": las pocas firmas que recogiésemos apresuradamente en nuestra redacción, no dirían cuántos somos los que en esta revista nos adherimos al justiciero homenaje. Sin temor de equivocarnos, podemos asegurarle a Vd. que somos todos "nosotros".

Sin otro motivo saludan a Vd. cordialmente: Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti.

DE "LA CAMPANA DE PALO"

Buenos Aires, Julio 23 de 1927. — Compañero Glusberg: Los que firman, redactores y simpatizantes de "La Campana de Palo", se dirigen a Vd. con el fin de adherirse al homenaje que BABEL tributa a Don Roberto J. Payró. Su adhesión tiene el doble significado de exteriorizar su admiración a la obra del Maestro y el de protestar también por el fallo del jurado que le otorgara el primer premio a un "novelista" que se halla fuera de la literatura.

Lo saludan cordialmente:

Carlos Giambiagi, Alfredo Atalaya, Ret Sellawaj, Juan Carlos Paz, Alvaro Yunque, Luis E. Soto, Juan Guijarro, Luis Falcini, Ramón Gómez Cornet, Antonio A. Gil, Adolfo Thomet, José S. Tallon, Antonio Sibellino, José M. Vázquez, Pedro J. Vignale, Elias Castelnuovo, César Tiempo, Roberto Mariani, Octavio Palazzolo, C. Delgado Fito, Leónidas Barletta, Ernesto Morales, E. Orózeo Zárate, C. Zía, A. López Azcona, Pedro Godoy, Rodolfo Tallon, Aristóbulo Etcheagaray, Juan D. Marengo, Francisco Mazzeo, S. Loíácomo y Arnaldo Demos.

DE "MARTÍN FIERRO"

Agosto 31 de 1927. — Estimado amigo Glusberg: Cuento con la adhesión de "Martín Fierro" y de sus colaboradores y redactores. Mande siempre a su affmo. — Evar Méndez.

Libros recibidos

Adhesiones

"Martín Fierro" se adhiere con entusiasmo al homenaje a Roberto J. Payró. — Evar Méndez, Leopoldo Marechal, Carlos Mastronardi, Augusto Mario Delfino, Ulises Petit de Murat, Leopoldo Hurtado, Jorge Luis Borges, Guillermo Juan, Ponal Ríos, Macedonio Fernández, Ildefonso Pereda Valdés, Ricardo E. Molinari, Raúl Scalabrini Ortiz, Pablo Rojas Paz, Norah Lange, Antonio Gullo, Nicolás Olivari, Lysandro Z. D. Galtier, A. Xul Solar, Enrique González Trillo, Lamberti Sorrentino, Santiago Gauduglia.

DE "TEATRO LIBRE"

28 de Julio de 1927. Sr. Samuel Glusberg:

En nombre de los escritores, pintores y actores que componen Teatro Libre, tengo el agrado de comunicarle que nuestra agrupación se adhiere al homenaje que tributa BABEL al autor de "Sobre las ruinas" cuya labor de dramaturgo consideramos como un recio puntal del teatro de ideas en el Plata.

Lo saluda cordialmente: Leonidas Barletta, Secretario.

"1927" REVISTA DE AVANCE

LOS pocos números recibidos de este notable quincenario que empieza a publicarse en La Habana bajo la dirección de "los cinco": Martí Casanovas, Francisco Ichaso, Jorge Mañach, Juan Marinello y José Z. Tallet merece señalarse como la primera revista de Cuba. He aquí algunos párrafos de "Un aviso y una aclaración" que aparecen en el número 4.

"1927" no pretende ser una revista de vanguardia, sistemáticamente estridentista y vocinglera. Aspira, eso sí, a un avance cierto, inteligente y seguro en las trayectorias del espíritu; mas para ello no estima imprescindible afiliarse, de manera cerrada y exclusiva, a determinados "ismos" de vanguardia, aun cuando ve en muchos de ellos un probo e interesante afán porvenirista y se propone, con ahínco y entusiasmo, participar en todo movimiento que revele nuevos módulos en la sensibilidad y en la ideología de la época.

Algunos lectores que esperaban ver en "1927", una suerte de petardo ruidoso y saltarín o una alagrabía de "ismos" de barricada, nos han dejado conocer su decepción, al encontrar que "1927" no es una revista estridente de vanguardia.

Sentimos haberlos defraudado; pero no nos arrepentimos de ello. Los petardos están bien para el jolgorio de un día; pero como armas de combate son demasiado inocuos y efímeros. Y lo que en Cuba se necesita no son deportes de snobismo, ni fanfarronerías, sino, más bien, obras de positivo rigor estético, de honradez intelectual sostenida y responsable".

"1927" refleja en sus páginas algunas muestras de la mejor literatura argentina

LIBROS RECIBIDOS

De Jaime Torres Bodet: **Margarita de niebla**. Editorial Cultura. México, 1927.

De Ernesto Torrealba: **Estampas prohibidas**. Colección de autores selectos hispano-americanos. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana: París 1927.

De Arturo Giménez Pastor: **El mundo de don Quijote**, folleto de 24 páginas extractado de "Humanidades" La Plata 1927.

De Arturo Marasso: **El coloquio de los centauros**, folleto de 24 páginas extractado de "Humanidades". La Plata. 1927.

De Jorge Brandes: **Nietzsche**. (Un estudio sobre el radicalismo aristocrático) con un apéndice que contiene la correspondencia particular entre Jorge Brandes y Federico Nietzsche, desde el 26 de Noviembre de 1888 hasta el 4 de enero de 1889 y un artículo necrológico de Brandes sobre Nietzsche escrito en 1900. Traducción del Dr. José Liebermann. Ediciones Argentinas "Condor". Las grandes biografías contemporáneas. Vol. I.

De Germán List Arzubide: **Emiliano Zapata**. Exaltación. Veracruz. Jalapa, 1927.

De Rafael Nieto: **El imperio de los Estados Unidos y otros ensayos**. Ediciones del gobierno de Veracruz. Jalapa, 1927.

De Manuel Maples Arce: **El movimiento social en Veracruz**. Conferencia sustentada en la Cámara de Trabajo de Jalapa, el 10 de Mayo de 1927.

De Marcos Fingerit. **Canciones mínimas y nocturnas del hogar**, Editorial Tor. Buenos Aires.

De Roberto F. Giusti. **Crítica y Polémica**, tercera serie. Editorial "Buenos Aires", 1927.

De Mariano Pléon Salas. **Mundo imaginario: los recuerdos impresionantes; la vida de un hombre; historia de un amigo; tema de amor**. Nascimento. Santiago de Chile. 1927.

De J. Gavinoser: **Horizontes**. Buenos Aires. 1927.

REVISTAS Y PERIODICOS

Repertorio Americano. San José de Costa Rica.

La campana de Palo. Buenos Aires. Número 16.

Desde la A hasta la Z. Buenos Aires.

Prometeo. Paraná. Entre Ríos. No. 64.

Argos. Carlos Casares. F. C. O.

Ariel. Tegucigalpa. Honduras.

Cultura Venezolana. No. 79. Caracas.

El Cenáculo. No. 1. Buenos Aires.

Revista de Industrias. No. 37. Colombia.

Revista de la Escuela Normal de Profesoras. Dr. Nicolás Avellaneda. Rosario.

Orto. No. 12. Manzanillo. Cuba.

El Monitor de la Educación Común. No. 654. Buenos Aires.

Nosotros. No. 218. Buenos Aires.

La Revista Argentina. Nos. 4, 5 y 6. Buenos Aires.

Lectura selecta. No. 35. Santiago de Chile.

Carátula. Buenos Aires.

Tribuna del Magisterio. Buenos Aires.

Philobiblion. Judaica. París.

Magisterio. No. 2. Buenos Aires.

1927. Nos. 1 a 8. La Habana. Cuba.

Teatro Libre. No. 1. Buenos Aires.

Bogotá, Julio 2 de 1927. — Sr. Samuel Glusberg. — Buenos Aires. — Mi querido amigo:

Mil gracias por su gentilísima carta de nueve de Mayo. Dos meses han mediado entre esa fecha y la presente. Estamos casi incomunicados por la indiferencia de los directores espirituales del continente y por la ineptitud orgánica de los gobiernos. Dos meses entre Bogotá y Buenos Aires. Hace un siglo no se empleaba ese tiempo en ir de Cádiz a San Petersburgo.

La muerte de Brandes me sorprendió en el campo a tres días de Bogotá, en momentos en que releía su "Shakespeare" con gran deleite, en la bella edición danesa ilustrada que Vd. conoce. Volvía a leer al hombre de Trafford on Avon, íntegramente con esa guía, y le aseguro a Vd. que un mundo entero iba apareciendo ante mis ojos. La noticia me sacudió violentamente y escribí el telegrama a "El Espectador", (*) reproducido por El Repertorio. La conferencia leída en la "Hebraica" fué dada aquí al público en el mismo diario y tuve la sorpresa de enterarme de que aunque ese trabajo forma parte del volumen de ensayos publicado en Bogotá, amigos míos a quienes lo había enviado no lo conocían.

Fué necesario que muriera el genio crítico para que me leyese. Confieso que la propaganda es para mí y para mis afectos espirituales desproporcionada sin comparación y dolorosamente costosa. Pensé en Vd.

Siento que no haya recibido Vd. mi libro; no era más que un saludo de amigo lejano, porque en él no hay nada que Vd. no conozca. El libro sobre América, al cual yo me atrevería a ponerle el título de *Anatomía de la Indiferencia* cuando esté terminado, acaso salga primero en un diario de esta capital como folletín. Me han ofrecido comprármelo. Súbitamente, como acaecen las cosas que determinan el rumbo de los países, la literatura se ha convertido en Bogotá en una profesión lucrativa. Los diarios de aquí pagan ya la colaboración casi tan generosamente como los de allá y están muy bien hechos.

El funeral laico que propuse no se realizó, por estar yo ausente. Habría sido necesario darle al público alguna información sobre aquella soberana inteligencia, escribir en los diarios, mover la curiosidad por medio de conferencias, y eso no podría hacerse estando yo ausente, porque a Brandes aquí le conocen menos que en Buenos Aires. Mi ausencia de Bogotá malogró el honrado propósito.

¡Con qué placer me habría ocupado en traducir *La leyenda de Jesús!* Pero para eso era necesario poseer una tranquilidad de espíritu que los viajes, el cambio de ambiente y, sobre todo una grave enfermedad de mi mujer, me han quitado en estos meses. Pero es cosa que debe hacerse. La literatura cristológica aumenta día por día y del interés que suscita la figura legendaria

Una carta de

B. Sanin Cano

a quien debemos una noción de la vida que empieza a modificar la brutalidad enorme de las condiciones de existencia y la reacción contra la hipocresía dominante en todas las esferas, se aprovechan titiriteros como Papi para realizar grandes éxitos de librería. Como Vd. habrá visto, a juzgar por el título de la traducción inglesa, que no conozco, el editor de ella también quiso especular con el escán-



B. Sanin Cano, por Rendón

dalo. Vivimos en una triste época, mi querido Glusberg. No he logrado conseguir aquí el libro acerca del hombre de Damasco y de Tarsi. Bogotá, en el centro del mundo, está, para el mercado de libros, más lejos de Copenhague que Buenos Aires, y más cerca de la luna que de las literaturas escandinavas. En Buenos Aires hay tres librerías danesas, un club que posee su biblioteca y facilidades para mantenerse al corriente de lo que pasa en la patria de Tycho Brahe y de Bohr. En Bogotá no creen que una persona disipe su tiempo aprendiendo danés para leer a Brandes, o Hoffding, a Kierkegaard, a Paludan Müller, a Peter Nansen, a Gustav Wied y a otros, y creen que se trata de una mera actitud mistificativa, con S.

Celebro que el grave y simpático Quiroga haya leído mi carta a los del "Sibarita": es un placer muy grande (y un honor inmerecido desde luego) vivir uno en la memoria de sus amigos por un breve instante, mientras se leen dos cuartillas y pasa a mejor vida un copetín. Qué falta me hacen la "Hesperidina, y el Fernet Branca", desconocidos en Bogotá como otros buenos excitantes de la inteligencia, de la voluntad y del apetito. Diga Vd. cosas muy amables de mi parte a todos los

que han asegurado su inmortalidad en ese apacible cenáculo. De Quiroga me dicen aquí cosas maravillosas. Me sorprenden con severidad porque yo no traje más menudas noticias sobre su vida. Su raro y fortísimo talento es muy estimado y alrededor de esa jugosa nuez intelectual se forma una corteza de leyenda que crece por yuxtaposición. Yo contribuyo a desarrollarla con gran deleite; pero mis informaciones no satisfacen la sedienta imaginación de sus lectores. Creo que debe sentarse muy tranquilamente y con mucha seriedad a escribir su biografía, para facilitarnos el trabajo a sus hagiógrafos orales.

Sea Vd. feliz y escríbame.

B. Sanin Cano.

(*) He aquí el texto del telegrama a que se refiere el Sr. Sanin Cano:

"Gachetá, febrero 26 de 1927. — ESPECTADOR. — Bogotá. — La muerte de Brandes priva a la idea de la libertad de su más alto representante y de su más asiduo y eficaz defensor en los últimos sesenta años. Mientras otras inteligencias ochocentistas claudicaron y se rindieron, escondiendo en pliegues de sutil ironía su escepticismo en materia de libertades, Brandes perseveró siempre dedicado a la defensa de los principios formulados ruidosamente con estupenda claridad y hermosura en su conferencia del año setenta.

Superior a los partidos, separado siempre de la política militante fué capaz de atreverse contra las exageraciones patrióticas y las imbecilidades del concepto racial, y llegó a ser para la Europa de hoy una voz tan respetada como la de Voltaire en el ochocientos. Díjoles verdades a sus compatriotas, amargamente cuando lo creyó necesario; censuró severamente el oscurantismo protestante de los países escandinavos, en tanto que el puritanismo odioso flageaba al norte, y mostrando el valor literario y moralizante de la obra de Ibsen, desencadenó contra sí el odio acumulado por generaciones de mojigatos y tardígrados. Descubrió valores nietzschianos a la Europa ironizante y escéptica. Visitando las naciones europeas, excepto España, con ánimo de señor y dueño intelectual, ensanchó sus ideas fijadas en sus memorias y libros sobre Polonia y Rusia, y en los seis volúmenes de "Las corrientes literarias", inventario de las ideas de su siglo.

La estúpida guerra mundial no lo desconcertó. Mientras el patriotismo canoso corroía máximas inteligencias, Brandes colocado en medio de los países incendiados, anatémizó seriamente la ceguedad y barbarie de ambos beligerantes. Sus volúmenes publicados entre el fulgor del combate, y mientras se discutía el tratado de Versalles, son proféticos y atestiguan su amor a la justicia y a la libertad, lumbres que siguió imperturbablemente en su larga accidentada y meritísima existencia. Propongo a los diarios liberales que organicen un funeral laico en honor del altísimo ingenio, insuperable crítico y expone clarísimo de la lucha por la libertad en el siglo pasado y en el presente y servidor infatigable de la justicia. Ofrézcoles mi humilde concurso. — Sanin Cano."

GUIA DE LIBREROS Y EDITORES

<p>JUAN ROLDAN Y Cía. Librería y Editorial "LA FACULTAD" Florida 359 Buenos Aires U. T. 31 Retiro 2882</p>	<p>SOSIN Y TOIA Sucesores de Ignacio Morelli Libros. Novedades. Surtido completo en libros americanos, españoles y franceses. Revistas y periódicos extranjeros Rivadavia 1589 Buenos Aires U. T. 38, Mayo. 1852</p>	<p>Librería de Derecho y Jurisprudencia RESTOY Y DOESTE LIBREROS - EDITORES 556 Corrientes 556 Buenos Aires U. T. Retiro 2870 Soliciten catálogos</p>
<p>Librería Italiana "LEONARDO DA VINCI" Maipú 433 Buenos Aires U. T. 31 Retiro 3689 ENRIQUE J. SCHIATTI Y Cía. CIENCIAS - ARTES - LETRAS INDUSTRIAS Suscripciones a diarios y revistas</p>	<p>PAPELERIA - LIBRERIA - IMPRENTA Artículos de Escritorio en General A. CONTRERAS EDITORIAL "ARTES Y LETRAS" Av. de Mayo 1357 U. T. 1094 Riv.</p>	<p>Editorial "SATURNINO CALLEJA". S. A. Representante en Buenos Aires: EDITORIAL SUD AMERICANA T. Miguel y Cía. S. en C. Medrano 889 U. T. 2007 Almagro</p>
<p>LIBRERIA ACADEMICA POBLET Hnos. y Cía. Callao 675 U. T. 7411 (Juncal) Sucursal: Lavalle 558 U. T. 4509 Retiro Completo y selecto surtido en: Libros científicos, literarios e industriales Servicio especial de suscripciones a periódicos</p>	<p>Editorial "MINERVA" Ediciones de clásicos Argentinos Esmeralda 247 U. T. 6004 Mayo</p>	<p>"LIBRERIA NACIONAL" J. Lajouane y Cía. IMPRENTA Y ENCUADERNACION Libros Argentinos y Americanos Editores de los "Códigos y Leyes de la Rep. Argentina" Bolívar 270 U. T. 33 Avenida 3817</p>
<p>LIBRERIA HISPANO - AMERICANA DE MANUEL GARCIA Libros Científicos y Literarios Novedades por todos los Correos RIVADAVIA 581 - U. TELEF. 0069 AVENIDA</p>	<p>"LIBRERIA DEL COLEGIO" (ESTABLECIDA EN 1830) CABAUT y Cía., Editores CASA PRINCIPAL: ALSINA Y BOLIVAR BUENOS AIRES SUCURSAL: CALLAO Y CORDOBA</p>	<p>EDITORA INTERNACIONAL Representante en Buenos Aires: Soc. Anón. ULTRAMAR Sarmiento 327 U.T. 31-2239 y 2271 Soliciten catálogos de las últimas novedades literarias y científicas publicadas</p>
<p>LIBRERIA HISPANO ARGENTINA de CALIXTO P. PERLADO Novedades de España por todos los correos Catálogo Gratis 1729 - Rivadavia - 1731 CASA DE COMPRAS EN MADRID</p>	<p>"EL BIBLIOFILO" Librería Antigua y Moderna VIAU Y ZONA Florida 637 - 641 U. T. 31 Retiro 3354 Buenos Aires</p>	<p>"LIBRERIA PORTEÑA" F. Crespillo EDITOR E IMPORTADOR Bolívar 369 U. T. 33 Avenida 3938</p>

ACABA DE APARECER

EN LOS ESTEROS

Novela póstuma de Emilio Berisso con un prólogo del Dr. Martiniano Leguizamón.

1 TOMO \$ 2.50

ESTUDIOS POLITICOS HISTORICOS Y LITERARIOS

2a. edición
Corregida y notablemente aumentada por LUCAS AYARRAGARAY
1 vol., rústica \$ 5.—

Dr. JUAN MANUEL ROSAS Y SU GOBIERNO

Juicio reivindicatorio. Un puñado de verdades por M. V. Lazcano. Segunda edición notablemente aumentada
1 VOLUMEN \$ 3.—

J. LAJOUANE & Cía. - EDITORES
BOLIVAR 270 - BUENOS AIRES

"A M A U T A"

DIRETOR: JOSE CARLOS MARIATEGUI
SAGASTEGUI 669 LIMA - PERÚ

LIBROS PUBLICADOS:
José Carlos Mariátegui: Panait Istrati:

LA ESCENA CONTEMPORANEA | **KYRA KYRALINA**
rad de Eugenio Garro

Dos pesos nacionales cada volumen

"EDITORIAL MINERVA" EXPOSICION DE LA ACTUAL POESIA ARGENTINA

PRESENTA
EXPOSICION DE LA ACTUAL POESIA ARGENTINA
Por P. - J. VIGNALE y ESAR TIEMPO
con 250 composiciones de 45 poetas jóvenes

\$ 3 n.
PEDIDOS ESMERALDA 247



EDITORIAL MINERVA BUENOS AIRES

5 notables libros de Babel:

B Los Desterrados
por HORACIO QUIROGA

A Los Egoístas
por GUILLERMO ESTRELLA

B La Estrella Polar
por ARTURO S. MOM

E El Casamiento de Laucha
por ROBERTO J. PAYRO

L Las Mal Calladas
por BENITO LYNCH

Los cinco libros como reclame \$ 10

No deje de enviar su pedido acompañado del importe en estampillas o giro postal a Entre Ríos 1585

ACABA DE APARECER EL RELATO

SUGESTION

DE MARGARITA E. ARSAMASSEVA

BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

25 DE MAYO 245/63 - PASEO L. ALEM 232/46/\$0
BUENOS AIRES

¡AHORRE USTED!

El ahorro contribuye al bienestar de la familia, moderando los excesos del lujo y del placer

El ahorro no solamente conduce a la independencia económica de quien lo practica, sino que además contribuye al engrandecimiento de la Nación

Aseguran un interés mínimo del 6 o/o anual

El banco se encarga de la compra-venta de las cédulas y las recibe en depósito gratuito responsabilizándose de todo riesgo.

En cualquier momento puede hacerse efectivo el valor de las cédulas.

Solicite mayores datos en la Oficina de informes del Banco

EQUIVOCADOS?

¡¡NO SEÑOR!!

UN ACIERTO

en toda la acepción de la palabra constituye la publicación de la COLECCION UNIVERSAL CALPE, lo más selecto de la literatura universal en volúmenes al alcance de todas las fortunas.

CON RAZON DIJO EL GRAN
A Z O R I N

LA COLECCION UNIVERSAL

“Es un enjambre de libritos doctos y amenos; un abejarr de universalidad; lo más exquisito y lo más popular del pensamiento humano en páginas albas y limpias”.

OTRO ACIERTO

lo constituye la agrupación de la COLECCION UNIVERSAL CALPE en volúmenes magníficamente encuadernados en pasta española, digno estuche de tan exquisito contenido.

LA COLECCION UNIVERSAL CALPE

414 tomos a la rú-
tica \$ 26
al contado y 14 cuotas de \$ 16

117 tomos encuaderna-
dos en pasta espa-
ñola \$ 55
al contado y 14 cuotas de \$ 30

Del tipo encuadernado a la rúfca
pueden adquirirse tomos sueltos.

REMITA \$ 0.30 EN ESTAMPILLAS

con el cupón adjunto y le enviaremos un tomo de muestra y el Catálogo
de la COLECCION UNIVERSAL

Dirijase a

Editorial CALPE

JULIAN URGOITI

Suipacha 585

BUENOS AIRES

JULIAN URGOITI - Suipacha 585, Bs. Aires

Remito \$ 0.30 para que se me envíe un número de muestra
de la COLECCION UNIVERSAL y el Catálogo.

Nombre

Calle No.

Localidad F. C.

L. N. 2